

Fascículo 6

Escribirte en la memoria Historia

Jonatan Herrera

Por María Laura Cicerchia

Ilustrado por Darío Ares



museo de la
memoria
ROSARIO | ARGENTINA



Escribirte en la Historia

Por María Laura Cicerchia

Ilustrado por Darío Ares



museo de la
memoria
ROSARIO | ARGENTINA

Intendente
Pablo Javkin

Secretario de Cultura y Educación
Federico Valentini

Director Museo de la Memoria
Lucas Massuco

Coordinación del proyecto:
Leandro Bartolomeo

Dirección artística:
Alina Calzadilla

Dirección editorial:
Eugenia Langone

Texto:
Ignacio Cagliero

Ilustraciones:
Darío Ares

Diseño y diagramación:
Joakina Parma

Corrección:
José Sainz

Rosario, abril de 2025.

[REDACTED] an
[REDACTED] ca.
[REDACTED] que
[REDACTED] a de
[REDACTED] a
[REDACTED]
[REDACTED] cha.

Escribirte en la [REDACTED] Historia




Escribirte en la Historia

6

**Jonatan
Herrera**

Fascículo 6



**El dolor para
María Elena es
la ausencia del hijo
que una decena
de policías le
arrebató a tiros**



El símbolo del infinito se parece a un ~~ocho~~. ocho.

María Elena Herrera lo lleva tatuado en un antebrazo, con el nombre de Jonatan y tres palomas en vuelo trazando una de las curvas. El vaivén punzante de la aguja en la piel no le causó dolor. Le dio risa, sintió cosquillas, acaso algo de él regresaba a su cuerpo. Porque sabe que el dolor es otra cosa. Ese ardor en el esternón, el vacío de las preguntas sin respuesta, la vista clavada en el techo durante las horas de insomnio. El dolor para María Elena es la ausencia del hijo que una decena de policías le arrebató a tiros una tarde de verano a la que no encuentra explicación.

Ocho. Como los meses que lo gestó en la panza. Como los años que su familia peleó por una sentencia que no catalogara de simple imprudencia el medio centenar de balas de aquel día. El 4 de enero de 2015, Jonatan lavaba el auto frente a su casa de barrio Tablada y quedó en medio de esa descarga por puro azar, sin entender qué pasaba. Tenía veintitrés años, un trabajo, un bebé recién nacido, muchas ganas de estudiar y el sueño de ser navegante.

“No te la vas a aguantar”, la desafiaban a María Elena sus otros hijos cuando empezaron a tatuarse el nombre de Jonatan con su fecha de nacimiento, con una rosa negra, con una frase, con el día de su muerte. Ella, declarada enemiga de los tatuajes, un día cedió. “Mucha gente se tatúa los nombres de los hijos. Yo les decía: ‘¿No te lo acordás? ¿Tenés miedo de olvidártelo? Tatuatelo si no está más en la vida’. Así que me lo hice hará unos tres años”, cuenta sonriente en el patio frente a su casa, ganado a un terreno por el que alguna vez pasó el tren. Ella misma lo desmalezó. Los banderines de colores le dan un aire de feria, parece de otro tiempo.

Unos metros más allá, descansa el Volkswagen Gol que lavaba Joni en ese último acto vital al que quedó atado el relato de su muerte. Su cara sonriente, enorme, emerge entre los árboles desde el centro de manzana. “Una chica lo pintó a Joni en el carrito para un aniversario. Lo hizo igual”, dice María Elena. Habla del carrito de comidas rápidas que atendió en el parque Alem hasta que le robaron todo lo que había adentro: “Tengo fe de restaurarlo y que lo trabajen mis chicos. Yo me cansé de volver a empezar. Siempre adelante. No sé de dónde saco fuerzas”.

Es la tercera de cuatro hermanos criados por una pareja de entrerrianos que llegaron jovencitos a Rosario. Siendo muy chica, empezó a acompañar al trabajo a su mamá. Limpiaban la catedral y las casas de los sacerdotes. Ahora, llora mientras habla del día en que los curas quisieron adoptarla. Con apenas seis años se negó con tanta firmeza que no hubo vuelta atrás. Señal temprana de un carácter fuerte, tallado en una

¿Tenés miedo de olvidártelo? Tatuatelo si no está más en la ~~vida~~ vida

niñez de sacrificios. De otros tiempos en Tablada, el barrio contra el río que empieza a delinear el sur rosarino: “Jugábamos a la popa o a la escondida en la cuadra, algo que hoy no se ve. Pasé una infancia linda y a la vez no. Sufría porque era dura la vida. Somos gente humilde, no teníamos mucho. Pero había trabajo”.

El trabajo para ella es un pilar. A sus sesenta y dos años, esta mujer de voz rasgada y ojos negros puede enumerar oficios como cuentas de un collar. Cuando tenía dieciséis, su papá, empleado en una curtiembre, le regaló una máquina de coser. Era delegado en el Sindicato del Cuero y le ofreció trabajar para una fábrica. Así, mientras terminaba el secundario como dibujante publicitaria y a la vez estudiaba corte y confección, María Elena cosía guantes, delantales y botines de trabajo. Fue costurera industrial por más de diez años.

A los veintiocho tuvo a Julieta. Los mellizos Jonatan y Nahuel nacieron enseguida. Se tuvo que dar maña para atender a esos bebés que lloraban al mismo tiempo y se prendían uno a cada teta. Dos años después se sumó Nadia. Desde entonces María Elena tuvo mil oficios: fue comerciante, empleada en un geriátrico, amasó facturas, vendió prepizzas, limpió casas, instaló una pañalera, atendió un carrito, asó pollos, limpió más casas. Qué no hizo para llenar el plato de sus nueve chicos.

La segunda tanda llegó tras una pausa de cuatro años: Rodrigo, Leandro, Lautaro, Juan y Martín, uno tras otro. Julieta y los tres últimos varones llevan apellidos paternos, “pero todos quieren ser Herrera”, dice orgullosa María Elena, madre de reglas claras, que salía días enteros a trabajar mientras la abuela Isabel, su mamá, la ayudaba a cuidarlos. “Me las rebuscaba. Hasta de electricista hice. Cualquier cosa con tal de sacar plata de algún lado para comer. Así terminaron los estudios los chicos. Cuatro fueron abanderados”, relata.

Dicen que el nexo emocional entre mellizos es único y dura para siempre. Que uno puede intuir lo que siente el otro, incluso a distancia. Algo de eso hubo entre Nahuel Alejandro y Jonatan Ezequiel, los ochomesinos de casi tres kilos cada uno que nacieron por cesárea. “Los dos eran iguales. Los dos sentían lo mismo. No eran parecidos, pero tenían la misma estatura, el mismo peso. Los médicos se sorprendían porque tenían la misma frecuencia cardíaca, las mismas pulsaciones. Eran el uno para el otro”, se asombra María Elena.

Nahuel y Jonatan compartían un ritual: esperar la medianoche despiertos para ser los primeros en saludarse por sus cumpleaños. Eran enérgicos. Lo único que parecía calmarlos era jugar a la pelota: “Vivía en las canchas porque a ellos les encantaba. Nunca se cansaban”, asegura María Elena. Los fines de semana cargaba a las nenas y a los mellis en su moto Zanella Pocket y los llevaba a saltos de langosta de un club a otro: de Tanque Juncos, en el sudeste, a Estrella Federal, al oeste, y de ahí a Peñarol, al sur.

Eramos

mellizos.

Mi mamá

un montón

pero las

necesidad

eran muy

OS

70

na hacía

ntón,

S

ades

uchas.

muchas

Criados en casas donde todo se contaba por decena, los hermanos compartieron cargadas, demasiados platos para lavar, cuchetas en hilera y guerras por el control remoto. Se las arreglaban como podían. Julieta, la mayor, que desde chica se hizo cargo de la prole preparando almuerzos y anotando a sus hermanos en la escuela, lo recuerda así: “Éramos muy de la necesidad básica: una casa, ropa, comida. Éramos nueve. Mi mamá hacía un montón, pero las necesidades eran muchas. Todo era lo justo y necesario. Lo mínimo”.

Vivían en el quinto piso de un fonavi, seis varones en un cuarto, las nenas en otro, discusiones a toda hora. La imaginación de los hermanos Herrera se pobló de ideas para mejorar las cosas. Como le pasó a su mamá con los curas, una escena marcó la niñez de Julieta: “En algún momento, los cuatro más grandes nos reunimos en una habitación y dijimos: ‘Vamos a comprarle una casa a mami y esto no va a volver a pasar’. Lo que más me quedó de mi infancia fue ese momento. Nosotros cuatro agarrados de la mano, llorando, haciendo esa promesa”.

Cuando los mayores cursaban la secundaria, María Elena compró una casa en un terreno fiscal en el comienzo de bulevar Seguí, donde la arboleda del cantero se topa con avenida Ayacucho y el pasaje Villar se abre como un tajo en diagonal hacia el corazón de Tablada. Un rectángulo de alero ancho a la vereda, dos habitaciones grandes, patio y una ventana al costado que mira hacia el árbol donde mataron a Joni.

Aquel pacto entre hermanos también marcó la vida de Joni. Con veintitrés años su deseo más fuerte era estudiar —se inclinaba por la salud, había hecho cursos de RCP y quería seguir Radiología—, pero estaba empeñado en ayudar a cambiar la economía familiar. Por eso quería embarcarse. Si había sido abanderado en la Escuela Naval, si había sido el primero en terminar el secundario, si tenía facilidad con el estudio, entrar a la Marina no debía ser imposible.

“Cuando me embarque te voy a poner un supermercado”, le decía a su mamá. “Vos preparate que te voy a mandar plata y no vas a trabajar más”, prometía. “Yo te voy a sacar de esto. Te voy a comprar casa y todo”, soñaba. Joni estaba decidido. Como era algo vergonzoso, María Elena lo acompañó a tramitar la libreta de embarque en el Sindicato de Conductores Navales: “Lo llegaron a querer muchísimo. Lo invitaban a tomar mates, lo querían ayudar con los estudios”, recuerda.

El desafío era inmenso: rendir diez materias en un día. Si alguna quedaba pendiente, el siguiente llamado a examen ya no sería en Rosario, sino en la sede de la Armada Argentina en Buenos Aires. Costear el viaje no era empresa sencilla para una familia que en esa época vivía de la venta callejera de rosquitas, prepizzas y pastelitos que amasaban de noche y cocinaban de madrugada en la ancha galería del pasaje.

¿Se puede atrapa
lo que *no* está?

Con la idea fija de lanzarse al mar, Joni pasaba horas estudiando, encerrado, aunque el calor apretara bajo el techo de chapa de la pieza compartida. “Estás loco”, le decían los hermanos. A veces se aislaba en la casa de la abuela Isabel, que cedía el silencio de su planta alta al estudioso de los Herrera. De las diez materias, aprobó seis en el primer llamado. Sin perder tiempo, empezó a juntar plata para los pasajes. No quería ser un simple embarcado. Soñaba con hacer carrera en la Armada y seguir estudiando en el barco. Iba tachando los días que faltaban para mayo de 2015, la fecha de examen.

¿Cómo se retrata una ausencia? ¿Se puede atrapar lo que no está? El paso del tiempo difumina los contornos, la huella pierde espesor y perduran relatos, objetos, piezas sueltas de un rompecabezas. De la vida breve de Joni quedaron sus libretas de buen alumno, sus trofeos de fútbol, fotos de infancia y un puñado de recuerdos que no alcanzan a capturar su esencia, como píxeles en una imagen que nunca llega a ser del todo nítida. María Elena cuenta que “parecía un ser especial porque era el más bueno. El carismático, el que se preocupaba por todo, el más creyente de los hermanos. Era tremenda la creencia que tenía en Dios. Le gustaban las remeras de cruces o con imágenes de Jesús”. El último en acostarse, recuerda, Joni oraba a los pies de su cama, justo al centro de la pieza de los varones. Se convirtió en anécdota familiar esa noche en que, en un raptó de devoción, empezó a dar saltos invocando a gritos a Dios y rompió la lamparita del techo de un cabezazo.

O aquella tarde cuando Leandro se colgó de un mueble y rompió veinticuatro platos. Para cubrir a su hermanito, Joni se hizo cargo del desastre como si hubiera sido obra suya. Una vez le dio todo lo que tenía a un nene que pedía monedas en el centro y tuvo que volver a su casa caminando. Era frontal, desprendido, honesto. Y un poco despistado. Un día, ya adulto, perdió la bicicleta. Creyó que se la habían robado y la rastreó por todo el barrio. Los Herrera salieron en manada a preguntar puerta por puerta. Hasta que a la noche se acordó: había cruzado en bici a una estación de servicio frente a su casa y, de tan enfrascado que iba en una charla por teléfono, se la olvidó ahí. “Joni era mundial. Hacía cada cosa. Por suerte se la guardaron los playeros”, sonríe María Elena, con el recuerdo chispeando en los ojos negros.

Era sociable. Recién en el velorio su familia dimensionó cuánta gente lo conocía. “Nunca hubo menos de cincuenta personas en la sala”, cuenta Julieta. Y sigue: “Con mi vieja quedamos sorprendidas de la cantidad de personas que se acercaron y no sabíamos quiénes eran. Personas que estaban muy mal. De repente vimos a un chico dándose la cabeza contra la pared. Nos dijo que una vez lo había llevado en un taxi, empezaron a hablar y se hicieron amigos. Nosotros no sabíamos que mi hermano tenía un amigo tachero”.

“Era fuerte, simpático, chistoso. Y un poco ingenuo”, dice María Elena. Las piezas sueltas van rearmando la figura de un muchacho flaco y alto, de rostro alargado, nariz recta, sonrisa franca. Joni era uno de sus muchos sobrenombres. Una forma genérica que, como la foto de su ausencia, no logra definirlo por completo. Porque lo llamaban de una manera distinta en cada lugar. Le decían Chino, Loco, Nino. Sus hermanos lo bautizaron Loco Pilo, como un perso-



Le decían
Loco, Ni

Sus herm
lo bautiz
Loco Pi



n Chino, Jino.

manos
zaron
Pilo...

naje temido del barrio, porque de chico hacía cosas raras. Podía pasar un largo rato jugando con las manos o imaginar batallas disparatadas.

Eran los tiempos de la primaria en la República del Perú, de Alem al 3000, frente al complejo Vigil. Era el más apegado a la madre. A María Elena la cargan diciéndole que era el preferido. Ella se ríe y se acuerda de que a Joni le gustaba cuidar el cuerpo, hacer ejercicio, era coqueto. Pasaba mucho tiempo arreglándose frente al espejo del baño. Por ese afán, de adolescente llegaba tarde a la escuela.

Hincha de River, se dio el gusto de comprarse una camiseta original que se fue con él. Solía hablar de su currículum y creía que el esfuerzo debía reconocerse. Peleó para hacer valer su título secundario de técnico naval cuando entró a la fábrica de heladeras Briket, donde trabajó en blanco por primera vez después de ser ayudante de albañil desde los dieciséis años. Con cada sueldo, llevaba a María Elena al súper y llenaban el changuito.

Tuvo una novia. Sabrina iba a la secundaria con Nahuel, su mellizo, y se conocieron en un cumpleaños. Con ella hablaba por teléfono el día que perdió la bicicleta. En noviembre de 2014 vieron nacer a Ciro. La paternidad encontró a Joni trabajando en el centro, en la tienda Falabella, mientras tomaba forma el proyecto de embarcarse. Entre corridas nocturnas para acercarle leche o pañales a su hijo, se colmó de horas extra. El bebé apenas pasaba el mes, pero él se había empeñado en comprarle un auto grande a batería. Nunca había esperado tanto un sueldo como el que iba a cobrar ese lunes 5 de enero, el día después de su muerte.

El calor aplastaba a una ciudad adormecida por el sopor de las fiestas. María Elena sintió que la invadía un extraño aroma a flores y lo supo: algo malo iba a pasar. Es el olor que siente cuando se avecina una desgracia, la forma en que se le anuncian los malos presagios. Había ido a la iglesia a la mañana y al mediodía hizo unas compras en un súper chino del barrio. Salía a la calle con las bolsas en la mano cuando sintió ese olor. Un escalofrío le recorrió la espalda. Pensó en sus nueve hijos, rogó que no les pasara nada y siguió camino a la casa de su mamá.

La abuela Isabel esperaba a almorzar a sus hijos, una veintena de nietos y otros tantos bisnietos en la vereda de Esmeralda y Quintana. Una multitud aguardaba el asado en una mesa tan larga que llenaba los nueve metros del frente. A María Elena le sonó el celular. Era Joni.

—Ma, ¿está Brian ahí?

—No sé, no lo veo al Brian. Venite vos, Joni, te estamos esperando para comer.

—Ahora voy.

—**Bueno hijo, te amo.**

—**Te amo, mami** —saludó como siempre.

“Tengo un mal presentimiento, a Joni le pasó algo ~~feo~~”. feo

Ese domingo iba a encontrarse con amigos del secundario en el Parque España. Pero recibió la visita de Ciro y decidió quedarse en la casa del pasaje Villar. Con su primo Federico y su hermano Leandro, aquel niño de los platos rotos ya convertido en un jovencito de dieciséis años, se puso a lavar el auto. El bebé lo miraba desde el coche.

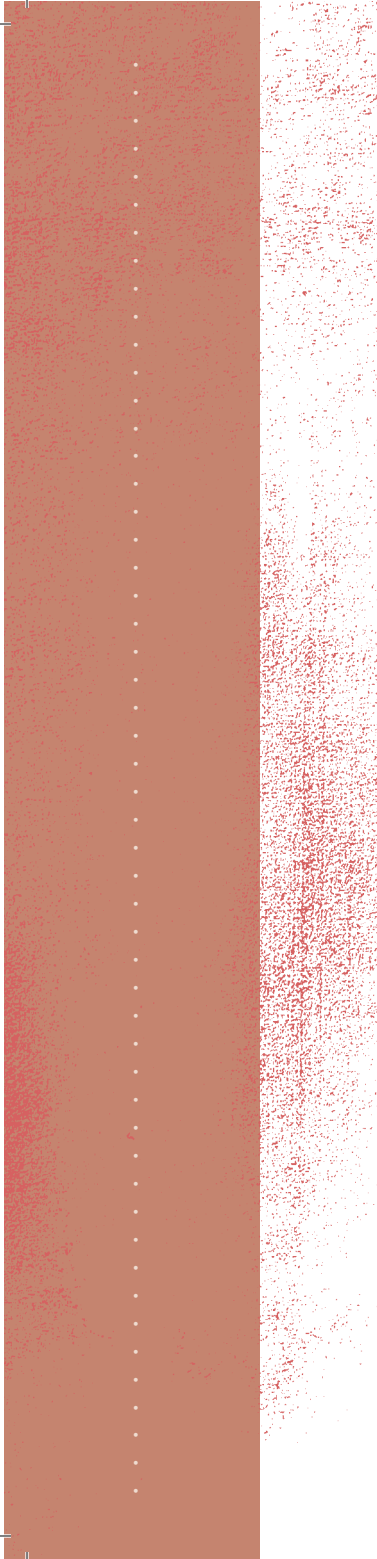
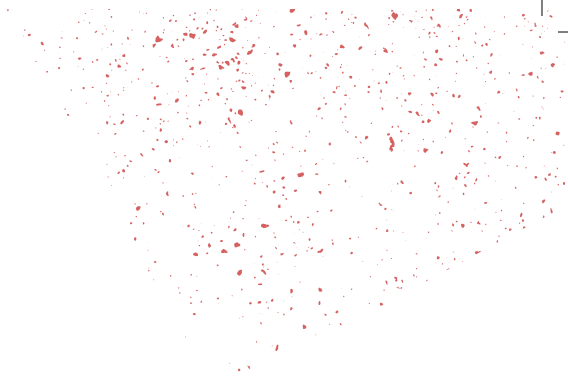
En la casa de la abuela el asado estaba listo. Julieta le mandó un mensaje: “Pilo, traé la sidra. ¿Qué hacés que no traés la sidra?”. Joni no respondía. “Le dije a Joni que traiga la sidra y no me contesta”, le comentó Julieta a su hermano Nahuel. El mal augurio se presentó otra vez, quizás por esa conexión misteriosa entre mellizos, y Nahuel le susurró a su novia: “Tengo un mal presentimiento, a Joni le pasó algo feo”. Se levantó de la mesa como un rayo y se fue. A los cinco minutos volvió, desesperado, la cara descompuesta en una expresión que la familia nunca le había visto. Sin bajar de la moto gritó: “¡Mamá, a Joni le pegaron un tiro!”.

No era un tiro, eran tres. Las balas atravesaron el cuerpo de Jonatan cuando buscaba refugio detrás de un arbolito deshilachado que no bastó como escudo. En total fueron cincuenta y tres los balazos de ese domingo a las 15.15 en Villar y Ayacucho, a unas diez cuadras de la mesa larga a la que Joni nunca llegó.

Había estacionado el Gol en la vereda de Ayacucho, frente a la ventana lateral de la casa. De repente apareció un muchacho corriendo por el bulevar con un revólver en la mano, era Brian Vespucio. Un patrullero con dos policías del Comando Radioeléctrico lo seguía por el robo de una juguetería de San Martín al 3500 y a la persecución se había sumado otra camioneta de la misma fuerza con tres agentes. En bulevar Seguí y Alem, Vespucio cayó de la moto Zannella 50 que manejaba y siguió el escape a pie. Sufrió dos balazos en el camino.

Al llegar al pasaje Villar, se adentró unos pocos metros y los policías abrieron fuego. Justo frente a la casa de los Herrera recibió otro disparo en la pierna y cayó al piso. En ese momento asomaba desde el sur por Ayacucho un colectivo de la línea 133 con una decena de agentes de la flamante Policía de Acción Táctica entre los pasajeros. Volvían de cumplir tareas de vigilancia en la largada del Dakar. Cuatro de esos efectivos recién egresados hicieron detener la marcha del colectivo frente a la estación de servicio, esa en la que Joni olvidó una vez su bicicleta, y se plegaron a la acción de sus colegas disparando desde otro ángulo.

Todo duró cincuenta y dos segundos.



El primo y el hermano de Joni alcanzaron a resguardarse. Una vecina corrió para entrar el cochecito con Ciro a la casa. Una mujer que volvía de comprar cigarrillos en la estación vio a Jonatan paralizado junto al auto y le dijo que se tirara al suelo. Él la miró pero no atinó a moverse. Entre dos abanicos de disparos, el primer balazo lo sorprendió apenas agachado a un costado del Gol. La bala lo hirió en el tobillo derecho, recorrió la planta del pie y salió por el empeine. Ya herido, buscó protegerse detrás del árbol.

De pie, con el cuerpo apenas en cuclillas, lo alcanzó la segunda bala. Entró sobre el muslo derecho, siguió hasta la parte baja del abdomen y en el camino destrozó una arteria. Fue el primer tiro mortal. El otro llegó casi en simultáneo. Le atravesó la cabeza de frente y al salir impactó cerca de la ventana, donde un pequeño mechón de pelo quedó adherido a la pared. Con dos heridas de muerte, Joni se desplomó. La secuencia entre el primer y el último de los cincuenta y tres disparos fue breve. Todo duró cincuenta y dos segundos.

“¡Pero no! ¿Qué le van a pegar un tiro al Joni?”. Cuando su hijo llegó con la noticia, María Elena no le creyó. No era posible. ¿Cómo le iban a pegar un tiro a Joni si no había hecho nada? ¿Si era el más inocente de todos? No había razones para que pasara algo así. Otro grito de Nahuel la sacó de esos pensamientos: “¡Mamá, le pegaron un tiro a Joni, a vos te estoy hablando!”. Se escucharon ruidos de platos y cubiertos, sillas arrastrándose contra el suelo, gente corriendo. Los Herrera llenaron una Trafic de la familia y así llegaron a la escena, que a esa altura ya estaba cerca por más de cinco patrullas.

Frente a la casa de María Elena, de lejos, se veía a un muchacho en el suelo. Sentado, vivo. Era Vespucio, pero ella pensó que era Jonatan. Pidió a gritos que la dejaran pasar: “Estaba lleno de gente. Vino una mujer policía y me empujó. Me golpeó el pecho y me hizo azotar contra el suelo”, contaría en el juicio. Joni no estaba. Lo habían cargado en la caja de una camioneta policial y así lo habían llevado al hospital.

La familia llegó al Clemente Alvarez en caravana. En la guardia les dijeron que las heridas de bala eran tres. Dos eran gravísimas. Julieta se encerró en el baño a rezar hasta que escuchó golpes y gritos en la guardia. Joni tenía hemorragias internas, no había resistido una cirugía. “Tu hermano está muerto”, le comunicó su mamá con la cara roja de llorar. Pero no había manera de que ese medio centenar de almas que siempre se movía como un cardumen pudiera asimilarlo. ¿Cómo le iban a pegar tres tiros?

Juliet
el bañ
golpe
go

Paralizados, los Herrera se replegaron hacia el núcleo, a rumiar su dolor puertas adentro. “La cosa estaba planchada. Comíamos y llorábamos. Tomábamos mates y llorábamos”, recuerda Julieta, que se instaló con sus dos hijos y su compañero en la casa del pasaje Villar. “De noche se escuchaba cómo todos lloraban. Y así fue por mucho tiempo. Un proceso muy duro”. Como en los viejos tiempos, volvieron a amontonarse en una pieza. Al centro, entre dos cuchetas, la cama de Joni estaba intacta, como esperándolo. Nadie se acostaba ahí, la vida giraba alrededor de ese vacío.

La onda expansiva alcanzó a todos los hermanos. Los más chicos tenían crisis de nervios y de llanto. No querían ir a la escuela. “¿Para qué? ¿Para que terminemos como Joni?”, decían. “No querían salir, no querían hacer nada, habían quedado re mal”, repasa María Elena. Pero ella no cedió y la escuela nunca se cortó. Nahuel, Nadia y Lautaro fueron abanderados, igual que Joni. Leandro, el que había visto morir a Joni, empezó a sufrir ataques de pánico. Nahuel, el que presintió la muerte, a experimentar prolongados ataques de epilepsia.

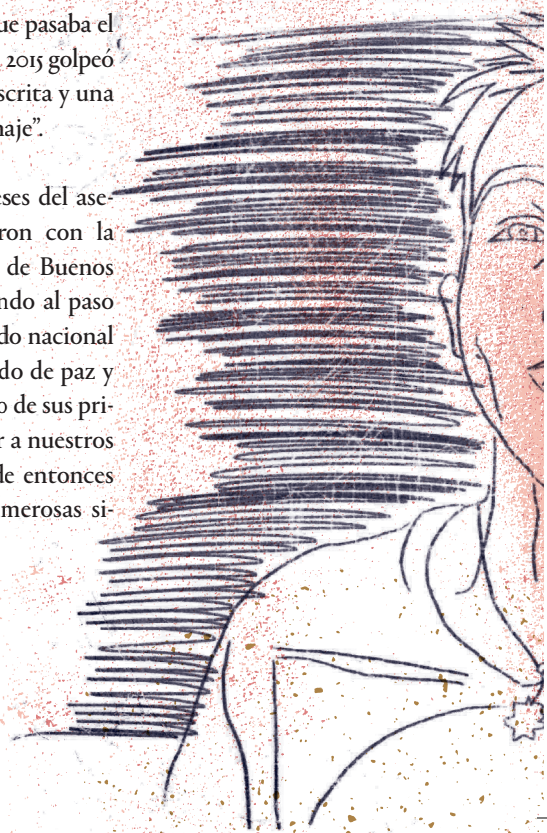
eta se encerró en
ño a rezar hasta que escuchó
es y gritos en la guardia
olpes y gritos

El cielo está de fiesta porque

hoy Joni está con

“Fue como un balde de agua fría —dice María Elena—. Algo que nos transformó a todos. A uno solo no: a todos. Ocho meses estuvimos encerrados adentro de mi casa, llorando”. El despertar de ese letargo está asociado a dos momentos. El primero llegó de la mano de Milton, el preceptor de la Escuela Naval. El que perdonaba las tardanzas de Joni por supuestas demoras del colectivo y recién en una marcha por el crimen se enteró del verdadero motivo: el tiempo que pasaba el chico arreglándose en el baño. A mitad del 2015 golpeó la puerta de María Elena con una nota escrita y una propuesta: “Queremos hacerle un homenaje”.

El 3 de noviembre de ese año, a diez meses del asesinato, maestros y alumnos se reunieron con la familia a pintar un mural en la ochava de Buenos Aires y Virasoro. La cara de Joni sonriendo al paso de los autos, el brillo en los ojos, un escudo nacional sangrante perforado a balazos y un pedido de paz y justicia sobre una paloma. Ese día dio uno de sus primeros pasos el programa “Basta de matar a nuestros alumnos”, de Amsafé, consigna que desde entonces el gremio docente hizo escuchar en numerosas situaciones de violencia urbana.



Jonatan contento



También los dio María Elena. “Si a mi hijo se lo recuerda con alegría, si sirve como inspiración a otros chicos, para que sepan que la única manera de superarse es con esfuerzo y dedicación, no fue en vano. Estoy muy contenta de que la cara de mi hijo esté pintada en la que fue su escuela y de la participación de sus profesores para que no se olvide lo que pasó”, dijo ese día. Empezaba a hablar en público del hijo asesinado. Lo nombró orgullosa, en presente, con la voz quebrada de emoción: “El cielo está de fiesta porque hoy Jonatan está contento”.

El otro sacudón llegó como resultado del avance de la causa penal. Ocho días después del crimen, el fiscal Adrián Spelta detuvo a cuatro policías de la PAT de entre veinte y veinticuatro años. Entre ellos estaba Ramiro Rosales, quien gatilló el balazo mortal al abdomen de Jonatan. Francisco Rodríguez fue acusado por cuatro de los disparos. Uno causó la herida en el pie. A Alejandro Gálvez y a Luis Alberto Sosa los imputaron por efectuar un balazo cada uno.

María Elena recuerda que una mañana fría llegó caminando a una audiencia en el viejo edificio de Tribunales. Había delegado los trámites en los abogados particulares que por entonces compartían una única querella con Sabrina, la novia de Joni, en representación de su hijo Ciro. Ese día le dijeron que estaba por aprobarse un acuerdo abreviado, una salida rápida para que tres policías se fueran libres con pena baja, acusados de abuso de armas y no de un acto criminal. Solo Rosales, el del tiro en la panza, quedaría preso a la espera del juicio. A la familia le ofrecían una reparación de un millón de pesos.

“Yo no voy a vender la sangre de mi hijo por plata. Que paguen lo que tienen que pagar. Mataron a mi hijo”: María Elena se plantó tan firme como aquella vez de la catedral cuando tenía apenas seis años. La negativa torció el rumbo de la causa. Con el respaldo de nuevos abogados de organizaciones sociales y una presencia más activa en el proceso, empezó a pelear por un lugar autónomo. Las miradas sobre el caso —la de los abogados de Sabrina, a favor del proceso abreviado, y la de la familia Herrera, que exigía juicio oral para todos los policías— parecían irreconciliables. Luego de un largo trámite, la querella se partió en dos.

Al mismo tiempo, el reclamo llegaba a la calle. Primero fueron los carteles caseros, las rifas, las canciones de cancha, la compra de un redoblante. Con el tiempo las remeras blancas, los afiches, los festivales, las marchas y los micrófonos se fueron impregnando de consignas y de la foto de Jonatan. En ese rechazo al trámite abreviado nació una lucha que adoptó dos rostros definidos, rostros de mujer: el de María Elena, la madre, y el de Julieta, la hermana mayor, las mismas que cuentan esta historia. Empezaba un largo camino de pérdidas y aprendizajes que trazaría un rumbo para familiares de otros hechos de violencia institucional. Joni empezaba a ser semilla.

...las
lo
los f
las m
los mi
imp
de
y de

as remeras
blancas,
los afiches,
festivales,
marchas y
micrófonos
se fueron
mpregnando
de consignas
de la foto de
Jonatan.

Faltaban horas para la Nochebuena y el movimiento en la casa del pasaje Villar era febril. Había que cocinar sesenta pollos para la cena. Los Herrera atendían una rotisería con una clientela generosa en el barrio. De madrugada amasaban doscientos bizcochos, treinta roscas y doscientas cincuenta facturas que luego horneaban en máquinas de panadería industrial y salían a la venta ambulante. Los viernes, pizzas. La rutina se cortó de manera abrupta con un mensaje que recibieron ese 24 de diciembre a las siete de la tarde: “Venimos a hablar para que nos den la casa. Los está buscando una Trafic para matarlos”.

María Elena dice que no hubo tiempo para dudar: “Ya habíamos comprado los pollos y nos vino a hacer lío esa gente que vendía droga. Agarramos lo que pudimos y salimos de ahí”. La primera Navidad sin Joni estuvieron escondidos en un camping de Pueblo Esther. Regresaron al día siguiente y encontraron la casa llena de vidrios rotos. Bajo el consejo de Cintia Garcilazo, una de las nuevas abogadas, juntaron coraje y fueron a denunciar. Pero en la seccional parecían no entender o no escucharlos.

—Ustedes saben quiénes son —protestó María Elena.

—¿Nos estás acusando? —reaccionó el comisario, y amenazó con meterla presa—. Usted, señora, tiene que comprender que lo mataron cuatro perejiles a su hijo.

—Vine a denunciar que unos narcos me cascotecaron la casa y amenazan con tiros. ¿Quién dijo que los culpo de la muerte de mi hijo?

—Es que ustedes hablan demasiado.

nos decían que *nos quedemos* **tranquilo** como Jon

La abogada llegó cuando estaban por tomarle las huellas y derenerla. “Ahí nos empezamos a dar cuenta de lo que pasaba. Nosotros recién estábamos arrancando a pelear contra las medidas de la Fiscalía que no nos gustaban. Ahí empezó la contra. Las amenazas de muerte. Tuve que abandonar mi casa, apretaron a mis hijos, nos decían que nos quedemos tranquilos o íbamos a terminar como Jonatan. Un montón de cosas me pasaron. Porque no acepté el juicio abreviado”, cuenta María Elena.

La casa del pasaje Villar fue usurpada y nunca pudieron volver. Con lo que alcanzaron a rescatar, la madre y los hermanos de Jonatan fueron a parar tres meses a una pensión de San Juan y Buenos Aires donde los ubicó la Municipalidad. Otra vez todos juntos: trece personas en una misma habitación. “No teníamos para comer. Vivíamos a arroz hervido”, evoca María Elena, que se las empezó a rebuscar vendiendo garrafas.

En ese contexto llegó el primer aniversario del crimen. Marcharon a Tribunales y la consigna fue el rechazo a un proceso abreviado que consideraban un premio a la mala puntería. Un caso tan grave, decían, debía aclararse con todos los acusados en juicio oral. Y aún se desconocía quién había efectuado el disparo a la cabeza.

los o íbamos a terminar natan.

La abuela Isabel suele hablar de la valija. La guarda en el comedor del segundo piso, donde una terraza con asador se techó para agrandar la casa. En un estante alto junto al parrillero, que no se toca sin su permiso, reposa la valija del misterio. Antigua, marrón, con forma de maletín. La abuela Isabel dice que guarda fotos, muchas fotos. Pero si algún nieto quiere curiosear, empiezan las excusas.

Estuvo cerrada casi treinta años. Hasta que un domingo de elecciones Julieta insistió: “Abuela, necesito saber qué hay ahí adentro”, dijo. Encontró viejos papeles sindicales, fotos del abuelo, de señores que parecían importantes, de viajes, de su mamá con un novio de juventud. Una sola foto de la abuela, detrás de un atril, dando un discurso. Julieta había escuchado hablar de una unidad básica que funcionó en la casa de la abuela cuando ella era chica. Recuerda una sala con computadoras, el movimiento de gente, las clases de danza, karate y patín. En su familia se hablaba poco del tema. Pero en la valija encontró registros de un activismo que, al modo de una muñeca rusa, contenía el germen de los ocho años de lucha por Joni.

“Hice laburos grandes en la militancia”, suelta María Elena sobre un pasado que ella también parece haber guardado. Sus hijos crecieron sin saber que, siguiendo los pasos del padre obrero, fue delegada en el Sindicato del Cuero y Afines y que cuando apenas pasaba los veinte años fue elegida como secretaria general de un gremio de varones: “Fui una de las primeras mujeres. Sufrí mucho machismo. Era una sucursal del gremio que estaba en Buenos Aires, hasta que la cerraron”.

Los tiempos de la básica llegaron después, cuando ya habían nacido las nenas y los mellizos, y María Elena los evoca con entusiasmo: “Era un centro de estudios políticos y sociales donde hacíamos de todo. Teníamos talleres, un profesor particular, yo daba clases de dibujo. Hicimos un informe del barrio casa por casa que llegó al gobierno de la provincia. Una charla para ochenta mujeres. Una caravana con miles de personas por calle Grandoli. Subíamos a los candidatos al balcón como en los viejos tiempos. La gente que movíamos ni yo misma lo podía creer”.

Con el nuevo siglo el espacio cerró y siguió la vida de los mil oficios. Pero esa experiencia militante quedó depositada en algún fondo del que María Elena fue a tironear cuando mataron a Joni, como quien busca agua en un aljibe. El aprendizaje de aquellos años y el perfil de Julieta, que había crecido como líder en la iglesia evangélica y dirigía una célula para matrimonios, quizás expliquen la amplitud del arco político que integró la Multisectorial por Jonatan Herrera, un armado de organizaciones sociales y políticas que acompañó a la familia en la primera época de la causa.

“Fue una construcción que convocó desde La Cúmpora al PTS. Estaban absolutamente todas las organizaciones ahí y a pesar de las diferencias se generaban acuerdos para construir”, recuerda Julieta, que buscaba con avidez noticias sobre otros casos, que por primera vez en su vida fue a una marcha del 24 de marzo y llevó en alto una imagen de su hermano, que en cada encuentro contaba quién era Joni, que de a poco se alejó de la iglesia para volcarse de lleno a la militancia contra la violencia policial. Se construyó a sí misma como un cuadro político y no volvió a ser la de antes.

Había mucho más por decir del
chico que lavaba el auto

en lo que se instaló como

“el bautismo de fuego de la PAT”: bautismo de fuego

Ese primer armado acompañó los actos, recursos y manifestaciones en contra del juicio abreviado, asunto que se discutió más de un año. La resistencia no impidió que el trámite prosperara para uno de los policías. En marzo de 2016, el agente Gálvez fue condenado a tres años de prisión por disparar sin apuntar al cuerpo de Jonatan. A los seis meses, un tribunal de apelación dejó la medida sin efecto. Ante un hecho tan confuso, dijeron los jueces, su intervención debía aclararse con los demás acusados en un debate oral y público, que para entonces ya estaba en preparación.

Tres meses antes la causa se había sacudido con otra novedad. El fiscal había detenido a una empleada del Comando Radioeléctrico, la agente Gladys Galindo, de treinta y siete años, a partir de una pericia sobre restos balísticos. Así, un año y medio después del crimen, fue acusada de efectuar el otro disparo letal, el que hirió a Joni en la cabeza, porque una vaina liberada por su arma quedó bajo la ventana, cerca de la hendidura en la pared.

Con las remeras gastadas en festivales y acampes en reclamo de justicia, el segundo aniversario llegó con el juicio oral en el horizonte cercano. La familia quería saber muchas cosas. Por qué había cinco policías acusados cuando dispararon nueve e intervinieron más de treinta, por qué le tiraron a un chico desarmado sin dar la voz de alto, quiénes gatillaron el medio centenar de balas. Esperaban penas altas y los aquejaba otro desvelo: contar quién era Joni. Había mucho más por decir del chico que lavaba el auto en lo que se instaló como “el bautismo de fuego de la PAT”.

Un joven de short deportivo, musculosa y gorrita Nike con la visera hacia atrás avanza hacia el centro de la calle. Lleva una barra con pesas que mueve de arriba abajo para entrenar los brazos. De fondo, las paredes de mármol de Tribunales hacen las veces de decorado. Al frente, una multitud con banderas y carteles espera el arranque del juicio.

El parlante amplifica la voz de Julieta: “Jonatan era un chico de barrio Tablada, fanático de River. A los diecinueve años, con su primer sueldo, se compró la camiseta de su equipo favorito. Cuidaba mucho de su cuerpo. Nos pedía a nosotros, sus hermanos, que le llenáramos las botellas con arena para hacer pesas”. El chico que entrena se acuesta en el asfalto a ejercitar abdominales y a su lado se arrodilla otro. De jean y camisa blanca, extiende las palmas al cielo y comienza a murmurar con los ojos cerrados.

“Jonatan era muy creyente y oraba todos los días —se escucha—. Le gustaba la música electrónica y el reggaetón”. Otro rostro adolescente se ubica junto al anterior y se balancea sosteniendo unos auriculares gruesos. El cuarto de la serie viste un buzo, lleva una mochila y hojea de pie una carpeta escolar de tapa verde. “Le gustaba jugar a la pelota con sus primos en el parque Yrigoyen. Tenía veintitrés años y estaba estudiando porque quería ser oficial mecánico”, sigue la voz, y un quinto chico, con camiseta de River, hace jueguitos con una pelota gastada.

Cinco Jo
Uno al la
del otro.

Cinco fragmentos de una vida
el lugar donde se ~~juzga~~ su mu
juzga

Jonis. lado o. da en uerte.

Cinco Jonis. Uno al lado del otro. Cinco fragmentos de una vida en el lugar donde se juzga su muerte. “Tenía un hijo de meses que se llama Ciro. Era padre, amigo, compañero”, resuena. De repente, irrumpe desde la esquina un escuadrón de policías que corre a un pibe. “¡Choro de mierda!”, gritan. Los cinco Jonis se agachan, se tapan los oídos y se quedan quietos. Los uniformados corren empuñando armas cortas, le gritan a un público paralizado, se forman delante de los Jonis, apuntan y disparan. El ruido de los balazos aturde y los cinco se desploman en el piso, todos a la vez. Caen de espaldas y quedan inmóviles, como estatuas dislocadas. Los uniformados levantan los cuerpos y los apilan. Los cinco Jonis se funden en uno que está muerto.

Son las ocho de la mañana de un miércoles y la familia Herrera, que siempre exploró formas creativas de llevar su reclamo a la calle, despliega esa puesta en escena antes de entrar a la sala de audiencias. “Sentíamos mucha necesidad de contar qué significaba Joni para nosotros —dice Julieta—. Lo que se decía en los medios era solo una parte. Que era un pibe humilde de un barrio popular al que lo mató la Policía. Como si fuera un promedio, como si fueran todos iguales. Había que ponerle una historia, una identidad. Porque nadie te pregunta quién era. Siempre la pregunta es qué le pasó”.

Así surgió la idea de la obra. Contactaron a un director de teatro que se entusiasmó con la propuesta y pensaron el guion en un bar. La confección del vestuario fue artesanal. Nadia trabajaba en La Virginia y consiguió pantalones cargo de color blanco. Con anilina, pinturas y aerosoles lograron teñirlos de azul. Otro hermano de Jonatan dibujó los escudos en las remeras. María Elena pintó las iniciales de la PAT y las estampó con papel contact. Los uniformes quedaron idénticos, pero faltaban las pistolas. Iban todos los días a recorrer jugueterías en el centro hasta que las encontraron en un puesto en la vereda.

“Los cinco Jonis eran los hermanos. El primo hacía del ladrón. Lo ensayamos varias veces, íbamos los domingos a las escalinatas de Tribunales. Los otros primos, sus amigos y unos actores hacían de los policías. Los chicos llegaban amanecidos de bailar. Qué manera de reírnos. La obra salió espectacular y fue tan real que la gente que pasaba salía corriendo del susto”, cuenta María Elena.

Dos meses después repitieron la recreación en el Museo de la Memoria ante más de ciento cincuenta personas. Un vecino que interpretó la escena como real llamó al 911 y cinco policías irrumpieron en la explanada del edificio. Con armas auténticas, acorralaron a un hermano, un primo y un amigo de Joni y los requisaron. Las pistolas de plástico estaban guardadas en un bolso.

La utilería fue a parar a un pequeño local que María Elena alquilaba cerca de la casa de su mamá, donde se instaló con su gente después del paso por la pensión. Un día pasaba caminando y vio sus muebles en la calle, era un allanamiento. Sobre un sommier estaban los uniformes policiales —que los civiles tienen prohibido usar— para ser fotografiados como parte del operativo. Tuvo que intervenir un juez para revertirlo. Los enredos pueden llegar al absurdo: los policías terminaron mirando la obra de teatro por Youtube.

El juicio arranca en marzo de 2017 y dura treinta y siete días. En la quinta jornada declara María Elena. Su voz parece a punto de quebrarse, pero junta fuerzas y relata frente al tribunal la historia familiar y la

¡Nunca
permite
que les d
cuánto
su hijo,
cuánto
su herm

a
tan
digan
o vale
,
o vale
mano!

pérdida de su hijo. En su voz ronca aflora en carne viva el dolor. “Fue un pelotón de fusilamiento para Jonatan”, dice.

Se exhiben pericias controversiales sobre los hechos, declara atormentado el ladrón Vespucio, llega el día del veredicto. El fiscal y las querellas esperan prisión perpetua para los policías Rosales y Galindo, acusados de homicidio agravado por abuso de la función policial, y penas que superan los doce años por intento de homicidio para los otros agentes de la PAT. Con la tensión en el aire, el juez Juan Carlos Curto lee el fallo que firma con sus pares Rodolfo Zvala y Juan José Alarcón.

Primero define la suerte de Galindo: absuelta por falta de pruebas. La familia procesa la novedad en silencio y escucha, perpleja, la condena a seis años y medio a Rosales por un crimen culposo. Es decir, cometido con imprudencia pero sin intención de matar. Rodríguez, Sosa y Gálvez reciben tres años y ocho meses cada uno por abuso de armas. La gente estalla de bronca, nada de eso se acerca a su idea de justicia. “La sala debe ser desalojada a los fines de que las partes firmen el acta”, instruye el juez, pero las emociones desbordan la asepsia jurídica. Julieta se desmaya en un pasillo, alguien pide a gritos un médico, una chica convulsiona, hay gritos, forcejeos.

En la calle, unas trescientas personas esperan detalles de esa sentencia que sentirán como una “segunda muerte”. “¡Esto no termina acá. Le vamos a dar pelea hasta el final!”, grita Julieta al salir, y suplica: “¡Nunca permitan que les digan cuánto vale su hijo, cuánto vale su hermano! No crean que hoy no logramos nada porque miren toda esta gente. Si hay algo que hemos aprendido en estos dos años y tres meses largos y duros es a no bajar los brazos”.

Ante esa multitud, que se había movilizado en medio de un paro nacional, Julieta tomó conciencia de la construcción colectiva por la muerte de Joni. Puertas adentro, la sentencia fue devastadora. Otra vez el repelique de los Herrera: “Mi vieja nuevamente llorando por los rincones. Mis hermanos tirados en la cama. El golpe fue duro. Es literal que nuevamente sentís que te matan a tu familiar. No es que habíamos logrado poco. Es que la Justicia no hizo justicia”, analiza.

Puertas afuera, mientras tanto, empezaba a consolidarse la Multisectorial Contra la Violencia Institucional, un espacio reciente que también reclamaba por las muertes de Pichón Escobar, Franco Casco y Maximiliano Zamudio, entre los primeros nombres. Aparecía un ámbito de contención para los familiares de las víctimas y a la vez de visibilización de los planteos: “Que exista un lugar que aloje, escuche o sea el primer contacto para un familiar es un montón. Eso antes no existía. Porque ¿qué se hace cuando es la Policía la que mata? ¿Adónde se denuncia? Nosotros no sabíamos adónde ir. Fue un antes y un después en la lucha contra el gatillo fácil”, rescata Julieta.

Para ella, el activismo por la muerte de su hermano representó una bisagra, una instancia de transformación personal, de madre y ama de casa a militante por los derechos humanos: “Cuando lo matan a mi hermano, Joni se va pero yo me encuentro. En un momento ya no era la Julieta que arrancó pidiendo justicia por su hermano, la que acompañaba a su mamá y arengaba a la familia para que no quede impune. A partir del fusilamiento de mi hermano, algo que nunca debió suceder, era otra. Mi hermano murió y yo me encontré a través de él”.

No es que habíamos
logrado poco.

Es que la Justicia ~~no~~ **NO** hizo justicia.

A medida que registraba el impacto de la primera sentencia, la familia comenzó a pensar nuevas estrategias para encarar el pedido de justicia: “Con nuevos abogados en la causa, generando diálogos y acuerdos con la Multisectorial. Con las organizaciones, pero también con las otras víctimas. Entendimos que esto no solamente nos había pasado a nosotros. Eran casos hilados”, cuenta Julieta. En ese período se concibe “matar no es lo mismo que robar”, un lema para denunciar que a Brian Vespucio le habían dado seis años y ocho meses por robo y a un policía, por un homicidio, dos meses menos.

En las audiencias de apelación, medio año después de la sentencia, las pancartas con el nombre de Joni vuelven a la calle. El equipo de abogados de la cátedra de Criminología de la Facultad de Derecho de la UNR señala que los policías tiraron con intención de matar, pero el planteo no encuentra eco. La Cámara Penal confirma la condena para Rosales, el único que seguía preso, y rebaja a dos años y ocho meses las penas del resto. Con el desacuerdo de solo uno de los jueces, para quien Rosales no pudo dejar de representarse el resultado de disparar once veces.

En 2018 la familia subió otro escalón con un último recurso ante la Corte Suprema de la provincia. Pero pasarían tres largos años antes de obtener respuesta. Mientras tanto, la apuesta siguió viva en la calle. En el sexto aniversario restauraron el mural de la escuela, aquel que había animado a los Herrera a socializar su dolor: “Queremos mantener viva la memoria de Joni porque no fue un caso más. Fue un caso que abrió el camino de lucha para tantos otros”, dijo ese día Julieta.

En marzo de 2021, en una resolución sin precedentes, la Corte ordenó revisar la condena por homicidio culposo de Rosales. Para el tribunal, que bajara del colectivo y disparara sin cerciorarse de la situación no podía encuadrarse apenas como una negligencia. Los jueces se alarmaron ante la escandalosa contaminación de una escena por donde circularon personas, perros, patrulleros y en la que los mismos policías implicados recolectaron sus casquillos.

“Que la Corte se pronuncie en un caso de violencia institucional es un logro político enorme para la familia”, analiza Santiago Bereciartúa, abogado del segundo tramo. Él le dio la noticia a Julieta en un bar, que llamó llorando a dos amigas y después fue en bicicleta a contarle a su mamá: “Fue una revolución hacia afuera y hacia adentro. La sentencia nos había dejado sabor a poco y de repente sentimos que valía la pena luchar”.

Rosales, el único autor material identificado, a esa altura libre, volvió a prisión. En octubre de 2022 llegó el nuevo llamado a audiencias. En la misma sala del juicio oral, otros jueces lo condenaron a diecisiete años de cárcel. Esta vez, por un crimen cometido con dolo eventual, es decir, asumiendo los riesgos de disparar varias veces a la luz del día y en una calle poblada.

María Elena salió llorando y resumió la larga lucha en un número: “Fueron 2836 días esperando esto”. Sintió que una velita que se estaba apagando se volvía a encender. Antes que la pena, a la familia le causó alivio el encuadre. “Que el Estado haya reconocido que a mi hermano lo mató la Policía, que tuvieron intenciones y que no fue un accidente, es fundamental”, dijo Julieta ante la multitud que acompañó el fallo en las escalinatas de Tribunales. Un año más tarde, en noviembre de 2023, otros jueces confirmaron la condena.

*Creo que en
la búsqueda
de justicia
intentaba
escaparme
para no sufrir
la pérdida*

en
eda
la
1
escaparme
e
ufrir
a.

En el balance de esos ocho años quedaron luces y sombras. “La sensación es que diecisiete años y un solo condenado es poco —dice Julieta—. Pero la sentencia va más allá del caso concreto. Porque tiene que haber un claro mensaje para la policía en su conjunto. Es necesario que el Poder Judicial y la sociedad sancionen lo que esa institución hace mal y se la humanice. Antes del asesinato hay un montón de pequeñas prácticas que lo habilitan”.

El proceso judicial dejó preguntas abiertas en la familia. ¿Por qué el colectivo de la línea 133 apareció incendiado en un galpón y no se pudo peritar? ¿Por qué la cámara de vigilancia municipal de Seguí y Ayacucho giró antes de la caída de Joni y volvió a enfocar la cuadra cuando todo había terminado? ¿Por qué el personal jerárquico del Comando no dio explicaciones? ¿Por qué no avanzó la causa por encubrimiento a los policías que adulteraron la escena? Y, sobre todo, ¿quién le dio a Joni el tiro en la cabeza?

El cierre de la vía judicial hace aflorar la capa más profunda del duelo. “Creo que en la búsqueda de justicia intentaba escaparme para no sufrir la pérdida. De repente no hay que presentar ningún recurso, ningún festival, ninguna estrategia. Y es muy difícil. Sobre todo porque pasaron tantos años y siento ese momento tan fresco”, reflexiona Julieta, que busca a su hermano y se encuentra a sí misma, transformada.

Así como se puede escuchar el silencio, la ausencia deja marcas. ¿Dónde está la huella de Joni? Se la encuentra en un portarretratos en el comedor de su mamá. Es la foto del primer cumpleaños de Leandro, donde lo abrazan los mellis, recién llegados de jugar a la pelota con los cachetes colorados y las camisetas idénticas. Está en ese cuadro que imita una portada de *El Gráfico*, con los dos pequeños futbolistas Herrera como dueños de la cancha. Está en las remeras, en los pasacalles, en los tatuajes de los amigos, en un inabarcable registro escrito y audiovisual de los años de lucha. Con los ojos achinados, remera escote en V y prolijo pelo corto, está junto a Sabrina con Ciro en brazos en una foto, esa en la que Joni sostiene entre el pulgar y el índice la manito del bebé. Aparece bajo el techo de María Elena, en las sombras del desvelo que le muestran a Joni niño, adolescente, estudiante, acribillado.

Joni es *Semilla*



¿Dónde está la huella de Joni?



Está en la que por diez años fue su casa, retratado en la pared que atajó la última bala. En la consigna que se añadió al mural de la escuela: “Joni es Semilla”. Cerca de ahí, en el parque Yrigoyen, sonríe mordiendo el labio en el cartel que emplazó la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación “para que estos hechos no ocurran nunca más”. Está la huella de Joni en la dimensión política del caso. Su nombre es emblema del gatillo fácil. Que muriera lavando el auto salvó a los suyos de tener que explicar que no hacía nada malo, como si algo justificara la violencia estatal.

En una ciudad que empezaba a sacudirse con las cifras de una criminalidad en ascenso, en una época en que los homicidios en ocasión de robo de víctimas de clase media impulsaban las primeras manifestaciones del Rosario Sangra, la muerte de Joni expuso con crudeza el peligro de militarizar territorios en nombre de la seguridad. Interpeló el espíritu de la creación de la PAT, una fuerza “de elite” que había salido a la calle tres meses antes del asesinato con efectivos formados en nombre de la urgencia y que con solo seis meses de instrucción recibieron la misión oficial de actuar en “zonas urbanas complejas” con “armamento de alta generación”.

Ni un pibe menos, ni una bala más, el Estado es ~~responsable~~ *responsable*

Una brisa cálida hace flamear los banderines que vis-
tén de celebración el parque al que Joni fue a jugar
a la pelota por última vez, donde está su memorial.
Se venden dulces, artesanías, aros y pulseritas. María
Elena instaló un puesto de panchos y papas fritas y
reniega para encender la freidora. Es el noveno ani-
versario de la muerte de Jonatan Herrera y el Con-
cejo rosarino acaba de declarar el 4 de enero como
un día de interés municipal. Julieta sube al escena-
rio, habla del final del proceso judicial y agradece la
confirmación de una condena que “sienta un prece-
dente en la ciudad”. Suenan las consignas como trin-
chera: “Ni un pibe menos, ni una bala más, el Estado
es responsable”, cierra.

María Elena intenta agradecer, pero se le quiebra la
voz. A su lado está Ciro, que hace un par de meses
sopló nueve velas en una torta decorada por ella con
motivos del videojuego Minecraft. Con los brazos
en alto, el nene sostiene un cuadro con la ordenanza
que lleva el nombre de su padre y pide la palabra con
decisión: “Gracias a todos y gracias a mi papá”. Es
el cierre de un ciclo y el comienzo de otro, en una
sucesión sin límite. Como el signo del infinito.



Municipalidad
de Rosario



Municipalidad
de Rosario